


Marcel Proust

¿Bibliotecario o Dandy?

por Ángel Esteban



La única ocupación laboral de este gran escritor francés fue la de bibliotecario. Sin embargo, no fue un enamorado de las bibliotecas al estilo de los bibliófilos. Su trabajo allí tuvo poco que ver con su amor a la literatura.

En el último tomo de la monumental obra *En busca del tiempo perdido*, Marcel Proust relata la visita del protagonista a una velada musical en la mansión de los Guermantes, a la que ha sido cordialmente invitado. Como llega tarde, la sirviente le hace pasar a la biblioteca, donde espera a que termine la primera parte del concierto. Allí, tomando una taza de té, comienza una elocuente y densa meditación sobre su propia obra, que cuenta ya con más de dos mil páginas, y también sobre la literatura y el arte en general. El personaje ha sido atrapado por un libro extraído al azar de los estantes, *François le Champi*, de George Sand, pero sobre todo por el ambiente de la habitación, que le ha deslumbrado. Hay una armonía entre la decoración, los muebles antiguos y lujosos, las alfombras, los colores de las paredes, los anaqueles y los libros, que resalta el valor de los tesoros bibliográficos allí expuestos. La mayoría de los volúmenes de la biblioteca ducal son libros centenarios y de gran calidad, clásicos de la literatura y el pensamiento, cuyo valor histórico y literario es mucho mayor que el económico.

Ahora bien, Proust no se define a través de su alter ego en la novela como un bibliófilo, sino más bien como una persona sensible, dotado de un refinamiento exquisito para apreciar la calidad de esas joyas, que experimenta sobre todo la emoción interior de quien recuerda la primera vez que cayeron en sus manos las obras maestras de la literatura universal. Todo en su novela es evocación, en busca de un tiempo ya pasado, que ni siquiera el deseo que transmite el título de ese último y séptimo tomo, *El tiempo recobrado*, puede devolver al presente. De hecho, el germen de su novela fue una visita, después de varios años, al lugar de la infancia, y en concreto a la escena tantas veces repetida en su niñez de la merienda con té y magdalenas. En el momento de comenzar la degustación, una intensa emoción le embargó por completo. El tiempo dejó de existir, y se sintió transportado a otra realidad, mucho más intensa y placentera, para la que no había explicación lógica alguna, sólo comparable a la embriaguez sin causa que produce el arrebato amoroso. Es precisamente esa escena la que introdujo en un pasaje del primer tomo de la novela:

“Mandó mi madre por uno de esos bollos, cortos y abultados, que llaman magdalenas, que parece que tienen por molde una valva de concha de peregrino. Y muy pronto, abrumado por el triste día que había pasado y por la perspectiva de otro tan melancólico por venir, me llevé a los labios una cucharada de té en el que había echado un trozo de magdalena. Pero en el mismo instante en que aquel trago, con las migas del bollo, tocó mi paladar, me estremecí, fija mi atención en algo extraordinario que ocurría en mi interior. Un placer delicioso me invadió, me aisló, sin noción de lo que lo causaba. Y él me convirtió las vicisitudes de la vida en indiferentes, sus desastres en inofensivos y su brevedad en ilusoria”.¹

A partir de ese momento, toda la novela se construirá a través de relatos de su vida evocados, fantaseados, deformados, resumidos o ampliados, y las reflexiones anejas a ellos, junto con los sentimientos que sus experiencias pasadas le evocan en el presente. Por eso, el episodio de la biblioteca casi al final de la obra, tiene un sentido enciclopédico, de recapitulación de todo lo vivido, lo experimentado, para que quede perpetuado de un modo más prístino que la propia vivencia o el recuerdo abstracto.

Proust no fue, sin embargo, un enamorado de las bibliotecas al estilo de los bibliófilos, y su trabajo allí poco tuvo que ver con su amor a la literatura. En su juventud, la biblioteca era para él un refugio donde podía dar rienda suelta a su imaginación ayudado por los relatos de los grandes maestros de las letras. Convertía la vida en literatura y esperaba con ansiedad las épocas en que su familia veraneaba en Illiers, donde había una gran biblioteca en casa de su padre. De todas formas, nunca frecuentó bibliotecas públicas. Mantuvo ante ellas cierta indiferencia. Cuando visitaba la Biblioteca Nacional y el Louvre, se interesaba únicamente por las ediciones cuidadas de libros antiguos, con lomos dorados y en estancias algo inaccesibles.

El caso es que, por azares del destino, su única ocupación laboral fue la de bibliotecario, pero en un sentido muy vago y peculiar. El joven Marcel se parecía

Sus deberes en la biblioteca Mazarina eran muy pocos, ya que figuraba como ayudante de bibliotecario, honorario y sin sueldo

mucho más a un dandy que a un trabajador burgués. Su entorno social era la aristocracia ociosa que organizaba veladas en los lujosos salones de las casas exquisitas de la capital, y ciertos escritores y artistas que también solían participar de esas reuniones. Su ideal era la posibilidad de vivir sin tener que trabajar, para dedicarse plenamente a su obra, algo que consiguió no sólo después de abandonar su contrato con la Biblioteca Mazarina de París, sino incluso mientras figuraba como miembro de la plantilla. En junio de 1895, cuando tenía veinticuatro años, comenzó su exigua vida laboral. Había terminado sus estudios en marzo de ese año, obteniendo el título de licenciado en letras, y su familia le animó a que trabajase en algo relacionado con sus inclinaciones literarias. A pesar de las pocas esperanzas que abrigaban sus padres, aceptó un empleo, conseguido por el Ministro de Asuntos Exteriores, amigo de su padre, en la citada biblioteca.

El edificio estaba situado en el ala izquierda del *Institut de France*, donde tenían su sede las cinco Academias Francesas. Medio siglo antes, un escritor de la talla de Saint-Beuve había trabajado también allí. Sus deberes eran muy pocos, ya que figuraba como ayudante de bibliotecario, honorario y sin sueldo, por lo que podría dedicar gran parte de su tiempo a la labor literaria, que ya había tenido su primer fruto por esas fechas, con la publicación del libro *Los placeres y los días*. Su horario de trabajo no llegaba a las cinco horas diarias y durante la semana tenía que acudir entre dos y cinco veces. Pero el joven artista no estaba preparado para una actividad tan “dura” y “estresante”, por lo que faltaba con frecuencia a la cita con el trabajo cotidiano. A veces era el asma lo que le impedía salir de casa, pero en otras ocasiones era simplemente que no se encontraba con ánimos o bien que se había ido un tiempo de vacaciones. Y los días que se presentaba allí, lo único que hacía era charlar con los colegas o echar un vistazo a los libros del Cardenal Mazarino. Como habitualmente las obras allí recogidas tenían una gran cantidad de polvo, en ocasiones su precaria salud se veía afectada, y debía utilizar el pulverizador para evitar los ataques de asma. Sus compañeros opinaban que el joven Marcel era una gran persona, buen conversador, simpático y atractivo, pero absolutamente inútil.

Durante el verano pasó largas temporadas fuera de París, primero en Alemania con su madre, en el balneario de Kreuznach, después con su hermana en una formidable casa de campo de Saint Germain en Laye, y desde principios de agosto en una estupenda villa frente al mar, en Dieppe. Después de recorrer la Bretaña acompañado de amigos y familiares, volvió a la capital y tuvo que enfrentarse con la vuelta al “trabajo”. Pero allí ya habían tomado cartas en el asunto, e iban a trasladarlo al Ministerio de Instrucción Pública, para encargarle la insulsa ocupación de registrar los libros que iban a depositarse allí, como fruto de su incorporación al sistema de derechos de autor. De ese modo, volvió a solicitar un nuevo permiso (las vacaciones, probablemente, le habían parecido cortas) y, sorprendentemente, le fue concedido, gracias a la influencia del Ministro de Asuntos Exteriores. Así, volvió otra temporada a la Bretaña, donde era bien acogido por amigos y aristócratas, que ya veían en él a un futuro gran escritor.

En estas condiciones, su empleo como bibliotecario era ideal. Se trataba de seguir estirando la manga hasta donde sus contactos en las esferas del poder se lo permitiesen. De hecho, antes de terminar el período para el que había solicitado la venia, envió otra petición para 1896 y ésta se le concedió, como regalo de Navidades, el día 24 de diciembre. En 1896 acudió sólo una vez a la Mazarina, y no fue por cuestiones de trabajo: simplemente fue a llevar a sus amigos un ejemplar de su libro *Los placeres y los días*. Ni siquiera se molestó en volver cuando tuvo



que pedir, en diciembre de 1896, el acostumbrado permiso. Pero en esta ocasión la respuesta fue tardía, bien entrado el mes de enero de 1897, por lo que su ausencia los primeros días del año irritó a la dirección de la entidad. De hecho, el señor Franklin le envió una severa carta de amonestación, a la que contestó diciendo que la culpa no era suya, ya que él había cumplido escrupulosamente y con diligencia los trámites relativos a las fechas previstas para ese tipo de peticiones, y que quien se había retrasado en la respuesta –también positiva– era el mismo Ministerio. Así que no volvió a acudir a la Mazarina ni siquiera para saludar a los colegas, dado el ambiente tenso que se había creado entre él y los directores. Su vida por aquella época continuaba siendo una suerte de alegoría del buen vividor, del dandy que sólo está interesado en conocer y tratar artistas, y derrochar el dinero de su familia en fiestas suntuosas y amoríos que siempre dejan un rastro de hiel en el corazón.

De todas formas, todos los diciembre se esmeraba en redactar esa carta que volvería a eximirle, una vez más, de sus obligaciones como ayudante tercero de bibliotecario, hasta que en 1899 tuvo lugar una inspección general de la biblioteca, y los agentes encargados de elaborar un informe acerca del funcionamiento del local quedaron muy sorprendidos al descubrir que uno de los tres becarios del centro no había acudido a aquel lugar en varios años. En realidad, al joven y perezoso Marcel poco le importaba todo eso, pero le interesaba mantener la vinculación con la Mazarina, porque así el Doctor Proust pensaba que su hijo tenía una ocupación laboral y podría llegar a ser un hombre de provecho.

Pero sus días estaban contados. El catorce de febrero de 1900, Marcel recibió un escrito en el que se le obligaba a volver inmediatamente al trabajo. Como no lo hizo, la siguiente carta que recibió fue la del despido. Así terminó la aventura de Proust en las bibliotecas, y también su vida laboral. Como se sabe, en el momento en que comenzó a escribir su gran obra, *En busca del tiempo perdido*, no tuvo vida nada más que para eso. Se olvidó del mundo y de las bibliotecas, se encerró en un apartamento, evitó la luz del sol y cualquier tipo de ruido, y vivió, enfermizo y solitario, entre la silla y la cama, escribiendo y reescribiendo su *enciclopedia* del mundo de los recuerdos, del mundo interior, ese mundo que está contado en los libros y que sólo de esa manera puede hacerse eterno, con la solidez que da la palabra escrita, la palabra publicada, la palabra que luego se immortalizará en los anaqueles de cualquier biblioteca. ■

Notas

1 Marcel Proust, *Por el camino de Swann*, en *En busca del tiempo perdido*, cit. por Ángel Esteban y Araceli Chaichío, *Lecciones de literatura universal contemporánea*, Granada, Comares y Escuela Superior de Comunicación, 2003, pág. 132.

Ficha Técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.

TÍTULO: Marcel Proust, *¿bibliotecario o dandy?*

RESUMEN: La relación del escritor francés Marcel Proust con las bibliotecas no fue tan intensa como su pasión por los libros. Nunca frecuentó bibliotecas públicas. Sin embargo, por azares del destino, su única ocupación laboral fue la de bibliotecario. Desde 1885 a 1900 trabajó en la biblioteca Mazarina de París, aunque apenas acudió a su trabajo debido a los extensos permisos que solía pedir alegando problemas de salud, para en realidad dedicarse a viajar y a visitar a sus amigos.

MATERIAS: Proust, Marcel / Autores Literarios / Bibliotecarios.



Luis Rosales después de Luis Rosales

Varios autores
Edición coordinada por Xelo Candel
p.v.p. 11 €



Las fallas

Primera ed. 1949. Segunda ed. y estudio crítico
Francesc Almela i Vives
Edición de Gil-Manuel Hernández Martí
p.v.p. 11 €



Libro de libros

Enrique Gallud Jardiel
Prólogo de Julia Tormal
p.v.p. 11 €



El laberinto y la luna

Jordi Garcia Vilar
Ilustraciones de Felip Baldó
p.v.p. 8 €